

Discurso Científico, Profesionalización Histórica e Identidad Nacional Mexicana

Scientific Discourse, Historical Profession, and the Mexican National Identity

Óscar Fernando López Meraz
Instituto de Investigaciones Histórico Sociales
Universidad Veracruzana. México
sthi2009@live.com.mx

Diana Villegas Loeza
Instituto de Ciencia Sociales y Humanidades
Universidad de Puebla. México
divilo@hotmail.com

Abstract

This article examines the relationship between scientific discourse and historical profession, on the one hand, and the Mexican identity, on the other, during the 19th and the 20th centuries. Its purpose is to prove that the bond between historiography and construction and strengthening of national identity has been operating until today and still persists. To explain this persistence, we take as a standpoint the hypothesis that the invention of a past was an essential requisite by the emergent Mexican state to help unit a population characterised by its differences and geographic distances, the situation brought about by the Mexican-American War (1846-1848) becoming a critical moment in this process.

Key Words

Scientific discourse, historical profession, nationalism, historiography, national identity.

Resumen

El presente artículo examina las relaciones entre el discurso científico y profesionalización de la historia, de un lado, y la identidad mexicana, de otro, durante los siglos XIX y XX. El propósito del mismo es mostrar que ese vínculo entre la historiografía y la construcción y fortalecimiento de la identidad nacional todavía persiste en la actualidad. Para explicar dicho persistencia planteamos la hipótesis de que la invención de un pasado fue un requisito imprescindible para el Estado mexicano a la hora de buscar la cohesión de una población

caracterizada por las diferencias y las distancias geográficas, siendo la coyuntura de la guerra con los Estados Unidos (1846-1848) un momento decisivo en este proceso.

Palabras clave

Discurso científico, profesionalización de la historia, nacionalismo, historiografía, identidad nacional.

Introducción

“Las grandes revoluciones crían historiografías apologéticas [...]”
Eric Van Young¹

El siglo XIX, es un punto clave dentro de la historia global. Durante esta centuria, se vivieron transformaciones decisivas a lo largo del orbe tales como la industrialización, el surgimiento de la modernidad occidental (a fines del siglo XVIII), y la construcción del Estado nacional en Europa y su extensión a los demás continentes. Por ejemplo, para Japón, este siglo es muy valorado por la trascendencia de la restauración Meiji, en 1868, porque significó la constitución del estado-nacional. Estados Unidos encontró en la guerra de Secesión (1861-1865) un punto fundacional en el mismo sentido.

Este período fue el escenario de formas e instituciones de representación que encontraron en la memoria y el conocimiento organizado a uno de sus pilares. Espacios como archivos, bibliotecas y museos fueron construidos con ese objetivo. Además, fue un contexto propicio para reconstruir la historia nacional haciendo acopio de los materiales para recuperar el pasado con el objetivo de fortalecer y ampliar la conciencia colectiva. Muestra de ello es la historia del pueblo sueco, de Erik Geijer (1783-1847), la Historia de Bohemia, continuada como la Historia del pueblo checo, de Frantisek Palacký (1798-1876). En Inglaterra, Thomas Babington Macaulay (1800-1859), publicó una unificada Historia de Inglaterra. En España, Modesto Lafuente (1806-1866) publicó 29 volúmenes de una Historia general de España. Estas obras no fueron las únicas. Se escribió una *Historia del pueblo griego*, por Constantinos Paparrigopoulos (1815-1891), la Historia del pueblo holandés, de Pieter Blok (1855-1929), y la Historia del pueblo rumano, de Nicolae Iorga (1871-1940).

Entre estas historias nacionales existen tres importantes diferencias. En primer lugar, algunas de ellas se centran en el Gobierno, otras en la gente corriente. En segundo, las que fueron producidas en estados-nacionales como Suecia; otras, en naciones culturales que

¹ Eric van Young, “Making Leviathan Sneeze: Recent Works on Mexico and the Mexican Revolution”, *Latin American Research Review*, vol. 34, 3 (1999): 144.

formaban parte de estados multinacionales, como los checos en el Imperio austrohúngaro, y otras en naciones culturales que formaban parte de otros estados-naciones, como los catalanes en España, como es el caso de la monumental *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1860-1863) de Víctor Balaguer. Por último, hubo debates acerca del modelo de historia nacional que había que escribir: una historia de Italia, por ejemplo, o una historia de los italianos, o la cantidad de territorio que habría que incluir. La tendencia al “presentismo” caracterizó estas narraciones, proyectando la nación contemporánea, sus fronteras y la conciencia histórica de sus habitantes hacia el pasado.²

En el caso latinoamericano, el tema de la formación del Estado-Nación y de la construcción de la historia nacional tomará matices particulares, toda vez que el proceso está vinculado con el inicio de la gesta independentista. En el centro de las preocupaciones se encuentra el proceso histórico de crear una identidad nacional basada en la retórica de la inclusión, la importancia de industrias creativas, el arte y la cultura de masas en la instauración del imaginario político y económico; las intersecciones de aspectos políticos, religiosos y de lenguaje en la formación de los nacionalismos americanos; el papel de los intelectuales en el establecimiento de la identidad nacional; la generación de una identidad latinoamericana supranacional; y, la definición-construcción del “otro” y la delineación del nosotros nacional.³ Ante esta última problemática, los estados latinoamericanos desplegaron múltiples estrategias y mecanismos para procesar la alteridad indígena, criolla, extranjera y negra en cada época. En general, los estados-nación se propusieron eliminar las diferencias (que no integrar a los diferentes), empero, cada uno procedió de forma distinta, ya sea homogeneizando o, incluso, eliminando.

El proceso de la delimitación del nosotros nacional en Argentina es sumamente ejemplificador de esto último. Desde julio de 1878, el ministro de guerra, Julio Argentino Roca, inició las últimas campañas de la llamada conquista del Desierto. En pocos años, los diversos grupos mapuches y tehuelches de la Pampa y la Patagonia fueron diezmados, reunidos en varios campos de concentración, y metafóricamente borrados, literalmente invisibilizados de la nación. La parte indígena no podía ser sino “extinguida”, “antigua”, “muda”, y su presencia, limitarse al estado de “vestigios”, “ruinas”, “restos” o “reliquias”. Mientras que la alteridad definió a distintos extranjeros como más o menos internos a partir de su potencial de colorear el nosotros nacional blanco.⁴ De forma similar, el Estado-Nación mexicano presentará como antagonista del proyecto modernizador liberal a los grupos indígenas, acción que se desarrollará con mayor intensidad después de la victoria sobre los franceses y el bando conservador. Para los liberales, los indígenas significaban un

² Jaume Aurell y Peter Burke, “El siglo de la historia: historicismo, romanticismo, positivismo”, en Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza, *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (Madrid: Akal, 2013), 201-2.

³ Nicola Miller, “Historiografía sobre nacionalismo en Latinoamérica”, *Historia Caribe*, vol. 5, 14 (Barranquilla, Colombia, Universidad del Atlántico, 2006): 161-86.

⁴ Christophe Grudicelli, “‘Altas culturas’, antepasados legítimos y naturalistas orgánicos: la patrimonialización del pasado indígena y sus dueños. Argentina 1877-1910”, en Daniela Gleitzer y Paula López Caballero, *Nación y alteridad. Mestizos, indígenas y extranjeros en el proceso de formación nacional* (México: UNAM y Ediciones E y C, 2015), 43-84.

lastre en la ruta del progreso porque no habían construido un sentido de pertenencia nacional al no adoptar la lengua castellana y conservar formas de producción comunales; fueron esos “otros” internos a los que el Estado-Nación intentó hacer, mediante diferentes tipos de violencia, desaparecer.

En general, los procesos de nacionalización del siglo XIX, estuvieron atravesados por la problemática de la definición-construcción del “otro” y la delineación del nosotros nacional. Ambos elementos han sido analizados desde muy distintas perspectivas, por ejemplo, desde los estudios culturales, que han puesto de manifiesto los enunciados que provocan rupturas respecto de las formas tradicionales en que la alteridad fue denominada y representada, e implican reconocimiento de la igualdad y valoración de las diferencias. También encontramos las corrientes historiográficas que analizan cómo el establecimiento del Estado-Nación fue resistido por aquellos a quienes no les está “permitido pertenecer al mundo de la ciudadanía”, entre ellas podemos mencionar los *Postcolonial Studies* y los *Subaltern Studies*.

Las teorías poscoloniales aparecen en universidades estadounidenses durante las décadas de los setenta y ochenta. Sus representantes son transterrados de orígenes espaciales y culturales diversos, pero formados en Europa a partir del cruce entre teóricos franceses posestructuralistas.⁵ Said, palestino, recupera a Foucault; Spivak, bengalesa, se apoya en Derrida; y Babba, indio, en Lacan. Estos autores proponen una relación Centro-Periferia mucho más flexible destacando la función constitutiva de las colonias en la modernidad, una especie de laboratorios. La mirada descentralizada observa desde la retroacción; es decir, desde las colonias hacia Europa/Occidente señalando el carácter híbrido del proceso modernizador. Básicamente, es una perspectiva que trata de deconstruir los grandes relatos de la historia imperial, especialmente a través de del estudio de los movimientos de resistencia indígenas.⁶ Por su parte, los *Subaltern Studies*, propuesta de historiadores indios, se han preocupado por estudiar sectores que debido a variables elitistas, como la nacionalista, no habían sido historiados. En general, afirma Chakrabarty, existen tres áreas que distinguen a los “Estudios Subalternos”, a saber: una separación relativa de la historia del poder desde cualquier historia universalista del capital, una crítica de la forma de la nación, y una interrogación de las relaciones entre poder y conocimiento (por lo tanto, del archivo en sí y de la historia como una forma de conocimiento).⁷ Estos puntos permiten un análisis de la modernidad no como un monolito, sino fracturada y plena de tensiones. El objetivo de esta perspectiva histórica fue encontrar una nueva manera de hacer historia que reconociera la centralidad de los grupos subordinados, entendiendo a estos como actores históricos legítimos pero desheredados.

⁵ Término acuñado por el filósofo español José Gaos para referirse a los pensadores españoles exiliados en México debido a la derrota de la República en España.

⁶ Sandro Mezzadra, “Introducción”, en *Estudios poscoloniales Ensayos fundamentales* (Madrid: Traficantes de sueños, 2008).

⁷ Dipesh Chakrabarty, “Una pequeña historia de los Estudios Subalternos”, trad. Raúl Rodríguez Freire, *Anales de desclasificación. Documentos complementarios*. http://www.economia.unam.mx/historiacultural/india_subalternos.pdf [consulta 2 junio, 2016].

Estos enfoques son sin dudarlos avances importantes en la reflexión sobre quiénes podrían ser comprendidos y analizados como sujetos dignos de historiar. No obstante, por el momento no retomaremos las propuestas teórico-metodológicas de estas perspectivas. En el entendido de que nuestro objeto de estudio se enmarca en un proceso que rebasa las fronteras nacionales mexicanas (global como se ha dicho), y que existieron sujetos que resistieron al poder (que bien podrían llamarse subalternos) de la hegemonía desarrollada por las élites interesadas en conformar el Estado-Nación,⁸ el presente texto busca explorar que el discurso científico y la profesionalización de la historia, aunque no nacidas simultáneamente en México, tienen un punto en común que aún persiste: la construcción-fortalecimiento de la identidad nacional basada en el pasado indígena. Partimos de la idea de que el Estado decimonónico necesitó de un pasado que cohesionara a habitantes tan disímiles como distantes, siendo la coyuntura de la guerra con Estados Unidos decisiva en este proceso. Conservadores y liberales abonaron el camino para la llegada de la modernidad historiográfica mexicana al desarrollar un cambio en la forma de escribir y difundir la historia, como lo ha mostrado el historiador mexicano Guillermo Zermeño, para quien la historiografía científico-nacionalista utilizó la crítica filológica para recuperar, editar y depurar tanto crónicas de la conquista militar y religiosa como otros documentos que supuestamente revelaban los principales episodios que iluminan la aparición de la nación independiente.⁹ Según él, la historia-ciencia desarrollada con la institucionalización del régimen revolucionario buscó llevar a cabo los ideales de imparcialidad y objetividad acogidos al positivismo rankeano como paradigma. Esta “nueva” historiografía daría continuidad al interés de producir toda clase de historias generales referidas a los periodos maestros –conquista, independencia, reforma, revolución–, y más tarde ampliada a las regiones y/o estados de la República Mexicana.

Apuntes del nacionalismo mexicano¹⁰

Si bien el siglo XVII vio nacer obras que podrían señalarse como fuentes de incipiente mexicanidad, entre las que destacan el conocido Carlos de Sigüenza y Góngora, con su *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un Príncipe: advertidas en los*

⁸ Como podría interpretarse a Erick van Young, “La otra rebelión. Un perfil social de la insurgencia popular en México, 1810-1815”, en Antonio Escobar Ohmstede y Romana Falcón (coords.), *Los ejes de la disputa. Movimientos sociales y actores colectivos en América Latina. Siglo XIX* (Lewiston: Iberoamericana Vervuert, 2002).

⁹ Guillermo Zermeño Padilla, “La historiografía moderna en México: algunas hipótesis”, *Takwa*, 8 (2005): 37-46. http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/takwa/Takwa8/guillermo_zerme%C3%B1o.pdf [consulta 2 junio, 2016].

¹⁰ Para esta parte se han utilizado tanto lo escrito por Alberto Saladino Gacía, “Notas sobre la construcción del nacionalismo durante la independencia y la Revolución”, coloquio *Reflexiones en torno a la celebración de los Centenarios. Estudios críticos sobre Identidad Nacional* (Círculo de Estudios de Filosofía Mexicana – CEFIME–, 2010), <https://filosofiamexicana.files.wordpress.com/2010/09/alberto-saladino-garcia-nacionalismo.pdf> [consulta 2 junio, 2016], como lo desarrollado por Fernando Vizcaíno, *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo* (México, Instituto de investigaciones sociales: UNAM, 2004).

monarcas antiguos del Mexicano Imperio,¹¹ y Agustín de Vetancourt, *Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias*,¹² será la siguiente centuria la que experimentará una verdadera implosión de testimonio de las fuentes del nacionalismo mexicano teniendo como punto cumbre la *Historia antigua de México* (1784), del jesuita Francisco Javier Clavijero.¹³ En este periodo se va fortaleciendo un amor a lo local, fortaleciendo un tipo de americanismo que sería la base del nacionalismo decimonónico. Para Elsa Frost, el criollismo se reconocerá “[...] primero como americano y a considerar a toda América como su patria”.¹⁴

Varios fueron los rasgos que caracterizaron el nacionalismo durante la lucha de independencia. Uno de ellos fue el sentimiento de exclusión de los criollos, como lo expresaron Miguel Hidalgo o José María Cos. También existió la concepción de soberanía desarrollado, entre otros, por Melchor de Talamantes, Francisco Primo de Verdad, José María Morelos y Pavón, Agustín de Iturbide y Juan O’ Donoju (en los “Tratados de Córdoba”, suscritos el 24 de agosto de 1821), así como Antonio López de Santa Anna al levantarse contra el imperio que había suprimido el poder legislativo en el Plan de Veracruz, del 6 de diciembre de 1822. Estamos ante un elemento político que no estuvo separado, en varias ocasiones, del religioso para convertirse en un tema ideológico. Por supuesto, destaca el uso como estandarte de la Virgen de Guadalupe por parte de Hidalgo y Morelos, quienes aprovecharon el fervor religioso del culto guadalupano en amplios sectores y lo convirtieron en uno de los cimientos del amanecer nacionalista antiespañol.

A mediados del siglo XIX, acontecimientos de corte traumático, como la pérdida de más de la mitad del territorio ante Estados Unidos, la intervención francesa y las guerras intestinas entre liberales y conservadores encontraron acomodo en la conciencia del mexicano con nombres, fechas y acciones. Posteriormente, durante el Porfiriato, el proyecto de identidad nacional cobró nuevos bríos con una mejor difusión de la enseñanza de la historia en un contexto en el que el discurso pedagógico y la educación normal fueron

¹¹ De acuerdo con Anna More, los escritos de Sigüenza revelan la interdependencia de estilo, retórica e ideales políticos y sugieren que la emergencia de una conciencia política pronacional podría ser entendida como una metáfora para la autoridad criolla a finales del siglo XVI. Para ahondar más sobre la prodigiosa producción literaria y su relación con la subjetividad criolla de la Nueva España, véase Anna More, *Baroque Sverignty. Carlos Sigüenza y Góngora and the Creole Archive of Colonial Mexico* (Pennsylvania: University of Pennsylvania Press, 2012).

¹² Carlos Sigüenza y Góngora, *Teatro de Virtudes políticas que constituyen a un Príncipe: advertidas en los monarcas antiguos del Mexicano Imperio* (México: Calderón, 1680); Agustín de Vetancourt, *Teatro Mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias* (México: María de Benavides, 1698).

¹³ Otros ejemplos son Juan José de Eguiara y Eguren, *Biblioteca Mexicana o historia de los varones eruditos...*, vol. 1 (México: Imprenta Mexicana, 1755); Francisca Gonzaga Castillo, *Efemérides calculadas al meridiano de México para el año de 1757* (México, 1756); José Antonio Alzate, *Diario de México* (1768) y *Gaceta de literatura de México* (1788-1795); Rafael Landívar, *Rusticatio mexicana* (1781); Manuel Antonio Valdés, *Gazeta de México* (1784-1809).

¹⁴ Elsa Cecilia Frost, “Rechazo y reacción. Peninsulares y criollos”, *Nuestra América*, año V, 14 (may-ago 1985): 27.

factores fundamentales para ello. Uno de los momentos cumbres del sentimiento nacionalista fue la celebración del primer centenario del inicio de la Independencia en 1910. El movimiento revolucionario trajo algunas novedades. Se deseó una democracia formal, con Francisco I. Madero a la cabeza, donde el lema “Sufragio efectivo. No reelección” –ya proclamado por Díaz décadas antes– ocupó un lugar central. También se cultivó el sentimiento de grandeza del país, para lo cual la Revolución inspiró un nacionalismo orientado a explayar las realizaciones mexicanas o reconducirlas. De la misma forma, se dio paso a un integracionismo cultural para lo cual se emprendió todo un proyecto político de homogeneización étnica, cuya expresión acabada lo representaría el mestizaje. Manuel Gamio propuso la integración nacional mediante la homogeneización cultural a través de la enseñanza del castellano a todos los grupos étnicos, sentando las bases con las que los regímenes posrevolucionarios impulsarán la mexicanización de los indios. El antiimperialismo también definió la identidad que pretendieron comunicar los gobiernos revolucionarios como respuesta a las constantes intervenciones del gobierno estadounidense en suelo mexicano, y el estado de las compañías petroleras en manos internacionales, así como el despojo a campesinos.

Personajes como Mier, Bustamante, Altamirano y Gamio son cruciales en este proceso porque en ellos se pueden identificar además de roles personales/profesionales (el cura, el historiador, el creador y el arqueólogo) a actores nacionalistas que desarrollaron temas como la raza, el indio, el territorio, la guerra y la virgen de Guadalupe. Particularmente después del conflicto armado revolucionario, numerosos intelectuales como Jesús Silva Herzog, Lombardo Toledano, Antonio Caso, Gómez Morín, Gamio y José Vasconcelos, utilizaron diferentes caminos para exaltar los elementos de la nacionalidad y descubrirlos, construirlos o inventarlos; forjar la patria, como propuso, en 1916, Manuel Gamio.¹⁵

Este llamado encontró en Vasconcelos un personaje de primer orden por ser el modelador de la política educativa posrevolucionaria, donde el racismo estuvo claramente presente. A los caudillos armados de la Revolución, teniendo a Plutarco Elías Calles como máxima referencia, se le fueron agregando los intelectuales que fundarían instituciones pronacionalistas, donde la exaltación personal no está ausente y significaban para ellos espacios donde escribir y publicar. Como ejemplo de todo ello se puede mencionar al mismo Vasconcelos y Gamio. Esta revitalización por lo nacional, encontró cabida en una corriente del pensamiento que se interesó por reflexionar sobre lo “mexicano”. Esfuerzos desde la filosofía, la psicología, la sociología, la literatura, el arte y la historia se desarrollaron para develar la pregunta: ¿Qué es lo mexicano? Uno de los puntos más importantes en este sentido fue el esfuerzo de Samuel Ramos, con *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), y fortalecido en la década de los cuarenta por la llegada de los intelectuales españoles, especialmente José Gaos, el Grupo Hiperión, la Revista Cuadernos Americanos, alcanzando auge con Octavio Paz y su *Laberinto de la Soledad*, en 1950.

¹⁵ Manuel Gamio, *Forjando patria* (México: Porrúa, 1916; reimpr. México: Porrúa, 1982), 9 [la página citada se refiere a la reimpresión].

Es necesario mencionar que no todos los intelectuales dedicaron sus plumas a la exaltación del nacionalismo. Desde el liberalismo, además de construir instituciones, varios autores insistieron en la democracia y el desarrollo económico. Destacarían Jorge Cuesta, Daniel Cosío Villegas y Octavio Paz, quienes denunciaron los excesos de los nacionalistas, presentes en la literatura y el arte, y la censura del Estado. Más adelante, hacia las décadas de 1960 y 1970 con la ciencia social más distanciada histórica e ideológicamente de la Revolución y en un contexto con mayor autonomía entre las universidades, el nacionalismo fue estudiado con mayor profundidad y reflexión.¹⁶ Actualmente, aunque aún se desarrollan algunos “viejos” tópicos como el recelo de Estados Unidos, la defensa de la soberanía y de las grandes empresas del Estado, el abanico temático ha ido cambiando. A decir de Fernando Vizcaíno “mientras los autores de lo mexicano se preguntaban qué es México y qué lo mexicano, el interrogante de los nuevos estudios se ha sustentado en el análisis de la construcción de una identidad común, real o imaginaria. Si aquellos buscaban respuestas en la psicología y la filosofía, estos lo han hecho en la naturaleza del Estado y en los procesos políticos, sociales e institucionales”.¹⁷

Ante este contexto nos interesa profundizar en las relaciones que establecieron el discurso histórico/historiográfico decimonónico y del siglo siguiente en los entrecruzamientos discursivos científicos y profesionalizantes con fines identitarios.

Nacionalismo e historia, pareja decimonónica¹⁸

El siglo XIX fue testigo de la unión entre la reconstrucción histórica y la representación de la nación, teniendo como base la investigación y la enseñanza de la Historia. Para Josefina Vázquez, el nacionalismo mexicano de esta centuria se forjó en las aulas con la ayuda de las lecciones de historia patria incorporadas en uno de los inventos modernos por excelencia: los libros de texto.¹⁹ El nacionalismo mexicano se fundó, como lo han mostrado entre otros O’Gorman y Rozat, en la recuperación del antiguo pasado indígena, el fervor guadalupano y el anhelo de construir un Estado laico, asentado en los principios republicanos y liberales.²⁰ El Estado emerge como nuevo sujeto de indagación histórica. Florescano precisa que “el anhelo de crear un Estado autónomo convirtió el territorio, el pueblo y las transformaciones de la sociedad en el tiempo, en el centro del rescate del pasado y del proyecto histórico”.²¹ Al igual que en otras latitudes europeas e

¹⁶ Ejemplos de ello son los libros de Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México* (México: El Colegio de México, 1970), Fredrick Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism* (North Carolina: University of North Carolina Press, 1968) y David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (México: Era, 1973).

¹⁷ F. Vizcaíno, *El nacionalismo mexicano*.

¹⁸ Fundamental para este trabajo ha sido la lectura de Guy Rozat, *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional* (México: Universidad Iberoamericana, 2001). Estudio al que se debe recurrir para obtener un panorama más amplio de lo escrito por Bustamante, Roa Bárcena, y en la que se puede profundizar en la obra de Guillermo Prieto.

¹⁹ J. Vázquez, *Nacionalismo y educación*.

²⁰ Edmundo O’Gorman, *Fray Servando Teresa de Mier* (México: Imprenta Universitaria, 1945).

²¹ Enrique Florescano, “Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. 53, 2 (oct-dic 2003): 391-416.

iberoamericanas, durante la caótica primera mitad del siglo XIX, México avanzó en algo nuevo y fundamental: la Nación soberana. Y este avance tuvo como eje central la noción de ciudadanía. Pero ¿cómo construirla cuando el trabajo identitario es producido en un contexto de herencia colonial que mantiene en el poder a una minoría criolla y mestiza que concibe a la población indígena como menor, al estilo de las viejas órdenes mendicantes? La respuesta para alcanzar el consenso colectivo, y con ello la sobrevivencia nacional, fue la creación de la historia nacional, al estilo de un catecismo patrio. Es claro que un punto de reflexión fundamental fue el asunto de lo “indígena”. La nación se va construyendo, desde sus cimientos históricos más remotos, en un discurso que separa el “indio vivo”, real, del imaginario.²² Mientras el primero debía desaparecer en aras de fundirse en la mexicanidad, debido a sus características bestiales –como lo afirmó Clavijero para los naturales de California, así como por considerarlos atrasados para la economía capitalista–, el Estado revitalizó el pasado indígena haciéndolo de diferentes formas, unas más vivas y otras ancladas en las letras que darían identidad.

La narración histórica asumiría entonces el encargo de trazar una línea recta desde el origen hasta los episodios más destacados en la formación de la nación, explicando sus fundamentos. Existe una ruptura fundamental: se va abandonando la concepción del devenir cristiano que hizo a conquistadores, miembros de la Iglesia y de la burocracia estatal protagonistas históricos. Ahora, se construye un nuevo panteón integrado por combatientes en la Guerra de la Independencia, políticos que lucharon por la República. En definitiva, se van construyendo héroes mexicanos. Para Zermeño, existen dos conjuntos de historiadores modernos decimonónicos. Por una parte, un primer grupo conformado por Lucas Alamán, Joaquín García Icazbalceta y José Fernández Ramírez, que concibe con claridad su trabajo como algo inacabado; se asumen como precursores. El segundo grupo estaría conformado por Vicente Riva Palacio, Francisco Sosa, José María Vigil, Justo Sierra, integrantes del sector identificado con el triunfo militar del liberalismo en 1867.²³ A diferencia de la anterior generación, esta se asumirá como la culminación de un largo proceso, identificándose como los maestros de la historia. Existe aquí un punto clave para ubicar a estas generaciones: *Diccionario Universal de Geografía e Historia* producido del periodo nacional entre 1853-1856, poco después de la derrota militar frente a los Estados Unidos,²⁴ y *Diccionario Universal de México* coordinado por Antonio García Cubas.²⁵ A nuestro parecer, existen algunos otros autores que forman parte del proceso de construcción de documentos con fines nacionalistas que encontraron en el mundo prehispánico a uno de sus constituyentes principales. Una genealogía del pensamiento histórico nos llevaría a un recorrido por un amplio abanico de letrados que aquí solo podemos mencionar de pasada, a partir de dos puntos de observación: su apreciación sobre el antiguo mundo mesoamericano

²² Guy Rozat, *Indios imaginarios, indios reales* (México: Editorial Tava, 1993).

²³ Guillermo Zermeño, “La historiografía moderna”, 41-2.

²⁴ Lucas Alamán y otros, *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, vol. 1 (México: Tipografía de Rafael, Librería de Andrade, 1853-1856).

²⁵ Antonio García Cubas, *Diccionario Geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*, 5 vols. (México: Antigua Imprenta de Murguía, 1888-1891). También destaca para la época de este diccionario Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano* (México: UNAM, 1948).

y preceptos teóricos/historiográficos. Posteriormente, nos detendremos, brevemente, en dos casos específicos: Bustamante y Roa Bárcenas.

Iniciemos con lo segundo. La historiografía mexicana se vio mermada con la expulsión de los jesuitas, en 1767. Una especie de orfandad intelectual pareció reinar después de las obras de Alegre, Clavijero y Cavo. Si bien existían necesidades apremiantes debido a la novísima realidad del México independiente, dentro de una elite ilustrada se desarrollaron esfuerzos importantes para construir un discurso histórico que abonara a la cohesión entre los integrantes de la nación. Llama la atención que uno de los momentos fundadores de la historiografía mexicana sea el plagio llevado a cabo por Lorenzo de Zavala, y descubierto por Juan Ortega y Medina. Su ensayo *Objeto, plan y distribución del estudio de la historia*, publicado por entregas en el periódico *El Águila Mexicana* a partir del 7 de octubre de 1824, no fue otra cosa que copia fiel de las *Leçons d'histoire* del conde ilustrado de Volney. Más allá del asunto ético que esto puede representar, indica algo fundamental: la necesidad por reflexionar la historia. Un punto de inflexión sobre ello fue la fundación, en 1836, de la Academia de Letrán, porque uno de sus propósitos fue buscar/construir una literatura propia que estaba naciendo, como opinan Lafragua y Prieto, en la que la historiografía jugaría un papel fundamental en dos sentidos: primero como parte de las letras, pero sin relacionarla con la ficción, y después como elemento esencial para conocer y divulgar lo que el país era.

Esta trayectoria encuentra visibilidad con la polémica entre Lacunza y el conde De la Cortina (1844), donde se muestra el nivel de reflexión sobre la historia, y en particular sobre su enseñanza. La función de la historia también mereció atención. De la Rosa opina que: “Nadie negará la utilidad de la historia; nadie desconocerá que, para escribirla, se necesita un gran fondo de filosofía, una vasta instrucción, una erudición selecta y una imaginación viva y ardiente” Por filosofía, De la Rosa entendía: “el conocimiento del corazón humano, sin el estudio de sus instintos y pasiones, la historia es una relación cansada y fastidiosa, que no tiene interés alguno, porque el lector no sabe qué moralidad pueda sacar de los hechos que tan áridamente se refieren”.²⁶ Además del papel moralizante que se le atribuye a la historia, al igual que en la literatura en general, puede identificarse otro particular. José María Luis Mora escribió una obra cargada de prospectiva: *Méjico y sus revoluciones*; su objetivo fue estudiar el pasado para comprender la nueva era republicana. Asimismo, apuntala el futuro en la supremacía del Estado como el camino para alcanzar el progreso nacional.

Lucas Alamán, en sus *Disertaciones sobre la historia de México* (originalmente una serie de conferencias), se muestra interesado por establecer el origen de la nación mexicana, que ubica en la acción de Hernán Cortés, pero también escribe algo trascendente sobre la escritura de la historia: “juzgar a los hombres según el tiempo en que vivieron. No hay error más común en la historia que pretender calificar los sucesos de los siglos pasados por las ideas presentes”. También concibe, al criticar el *Cuadro histórico...* de Bustamante,

²⁶ Citado en José Ortiz Monasterio, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia* (México: Fondo de Cultura Económica-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2004), 49.

como necesario la consulta de documentos originales.²⁷ Representó un paso importante en la escritura de la historia en México. En este sentido, destaca la acción de Vicente Riva Palacio, quien tuvo en su poder el archivo de la Inquisición desde 1861. Así el contacto con las fuentes resultó indispensable, y va caracterizando el trabajo del historiador no solo por la dificultad de “hacer hablar” al documento, sino de hacerlo con el objeto de que sea inteligible para el presente. No es casual que Riva haya sido el autor que más haya escrito sobre teoría de la historia en el siglo XIX.²⁸

Ahora resulta necesario detenernos muy brevemente en la apreciación que tuvieron algunos autores del indígena. El “indígena vivo” representó para muchos de los contemporáneos un obstáculo para la fundación de una nación moderna debido a su terquedad por resistirse al progreso. Mora, quien no se detiene en los indios antiguos, afirma que esa población no varió en nada después de la dominación española: “lo mismo han sido hasta la independencia los mejicanos que los del tiempo de Moctezuma, sus vestidos, alimentos y hasta sus ritos y ceremonias se hallaban en absoluta conformidad con los de aquella época”.²⁹ Lucas Alamán, alejándose de su recomendación para los juicios históricos, condena a los indios durante la conquista por ser paganos y caníbales. Por su parte, Riva opinó que los conquistadores favorecieron el progreso al echar abajo las monarquías indígenas, pero reconoció, en su clave de mestizaje que le permitía afirmar que el “mexicano” era algo inédito, debía reconocerse tanto los logros de indígenas prehispánicos como de los españoles. El tomo dedicado al mundo prehispánico en *México a través de los siglos* fue escrito por Alfredo Chavero, autor que había incursionado en otros géneros literarios como obras cómicas y zarzuelas, siendo sus dramas de mayor aliento los de tema prehispánico: *Xóchitl* y *Quetzacoatl*. De clara preferencia por el mundo antiguo del México central, intentó enaltecer a los antepasados precolombinos pero, como a muchos otros escritores, los sacrificios humanos le parecían repulsivos.³⁰

La relación entre el pasado y el presente indígena se muestra claramente en Bustamante. En sus *Mañanas de la Alameda de México* se manifiesta el transitar de la crónica a la historia.³¹ Nuestro historiador desarrolla una visión elitista de los usos sociales de la historia, al afirmar que la curiosidad por la historia es algo que pertenece a las almas nobles, y que la práctica de la historia invita a serias reflexiones del ser humano. Su discurso histórico se inscribe y organiza en el mito historiográfico de la historia salvífica, y como tal no le interesa repensar ni la naturaleza ni el lugar del hombre, como sí lo hará el paradigma de las ciencias naturales en la segunda mitad del siglo XIX que iniciará la secularización de la historia humana. En él hay facetas de intelectual avanzado que

²⁷ Lucas Alamán, *Historia de Méjico, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, vol. 5, pról. de Moisés González Navarro (México: FCE, 1985), 923.

²⁸ Como puede comprobarse en la antología sobre teoría de la historia del siglo XIX reunida por Juan Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* (México: UNAM-IIIH, 1970).

²⁹ José María Luis Mora, *Obras completas*, vol. 4, “Obra histórica I. México y sus revoluciones” (México: Instituto Mora/Conaculta, 1994), 59.

³⁰ Alfredo Chavero, *México a través de los siglos*, vol. 1, “Historia antigua” (Barcelona: Espasa y Compañía, 1884-1889), 563.

³¹ Cuyo subtítulo es: “Para facilitar a las señoritas el estudio de la historia de su país”

responden a la necesidad de fortalecer la imagen de la nación. Una de ellas sería la conciencia clara de que la Historia de México se deberá hacer contra varios adversarios como el olvido y la falta de materiales. De mucho mayor importancia resulta la separación que afirma debe existir entre historia y ficción. Máxime porque cuando lo hace, es para separar su discurso de una de sus fuentes principales: Clavijero. Decir la verdad será lo que caracterice al historiador, y como parte esencial de dicha verdad –para el caso que ocupa a Bustamante, al menos– el tema de los orígenes nacionales, los mismos que ubica en los pueblos indígenas, cobra vital importancia.

El gobierno colonial además de impedir el desarrollo intelectual de la Nueva España y la escritura de una verdadera historia americana, también realizó persecuciones contra quienes deseaban ordenar la historia y el conocimiento indígena. Aquí cobra especial sentido el interés de Bustamante por editar la obra de fray Bernardino de Sahagún, franciscano que registró variada información del pasado prehispánico a partir del crisol del cristianismo y un método de recolección de información cercano al inquisitorial con ayuda de informantes indígenas.³² La verdad sobre los orígenes nacionales ocupará a Bustamante. Al hacerlo, don Carlos además de criticar pasajes novelados de la *Historia antigua*, propone reflexiones “racionales”.³³ La narración de Bustamante en su libro citado contiene relatos que van dirigidos a la apología moral de los antiguos mexicanos que tuvieron en Netzahualcóyotl a un guerrero, rey y poeta. También los espacios son virtuosos, y Texcoco se convierte en una nueva Atenas.

Varios pasos hacia adelante en la conformación de la historia como ciencia los da Roa Bárcena, con su *Catecismo elemental de la historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX*.³⁴ El contexto le da señales más claras. En Europa, la historia entendida como práctica memorial y producción social se autonomizó definitivamente de la teología y del derecho. Desde ahora, la historia procurará diferenciarse con mayor claridad de la literatura al intentar basar sus prácticas sobre el modelo de las ciencias naturales. La “cientificidad” se institucionaliza construyendo canales de difusión y reproducción; la historia nacional va adquiriendo claridad pedagógica. Aunque Roa no profundiza en el pasado prehispánico como lo hizo su antecesor, y destacó mucho más una recuperación del periodo colonial, lo interesante es que escribe una historia, y ya no un género híbrido como Bustamante, como lo señala el título de su obra. La civilización precortesiana se sigue presentando brillante y adelantada fuera del campo de las prácticas religiosas. Tanto para Bustamante como para Roa, el problema de las culturas –hoy llamadas-mesoamericanas– fue su religión. Asunto comprensible si tomamos en cuenta que esta fue reconstituida a partir de los cronistas de los siglos XVI y XVII. Roa ubica su reflexión sobre el ser mismo de México en un asunto geográfico. Espacialmente se coloca entre Estados Unidos y Centroamérica, pero en una dimensión histórica-espacial, aparece como origen de la Nación, el Anáhuac, como parece evidente al no mencionar las otras experiencias ajenas a este espacio americano.

³² La edición de Bustamante sobre Sahagún es de 1829.

³³ Bustamante, *Mañanas de la Alameda*.

³⁴ Entre la publicación de esta obra, y la de Bustamante existen 25 años de diferencia.

La riqueza del México antiguo se desborda en una abundancia descriptiva que no está presente en las mismas dimensiones cuando se propone hablar sobre los habitantes. Roa concluye el capítulo dedicado a la historia de la población con la cuestión: “¿De qué razas principales se compone esta en la actualidad?” Ofreciendo como respuesta: “De la indígena pura que desciende los antiguos pobladores, de la blanca criolla descendiente de los españoles e indígenas, y de los extranjeros de diversas nacionalidades establecidos en nuestro territorio”.³⁵ Más adelante afirma que el bosquejo moral del natural prehispánico ya no corresponde al de su descendiente, inferior por diversas causas. En cuanto al discurso histórico, la obra de Roa presenta una visión optimista de la historia de México. También se muestra contrario a la leyenda negra al recuperar que la administración española favoreció a los indígenas con leyes que buscaron su protección. Además, en su escrito se presenta un proceder histórico en las relaciones establecidas con los indígenas y los no-indígenas existentes desde la época colonial hasta sus días: la necesidad de un protector. Si en los primeros momentos de la presencia española lo fue Cortés, quien alejaba a europeos codiciosos y violentos de la población de naturales indefensa, en el momento de la escritura de su *Catecismo...* la clase gobernante, ejerciendo todo el valor cívico y sobrepasando sus intereses particulares o de clase, será la que pueda contar quiénes fueron los prehispánicos y definir quiénes y cómo son en su presente.

En la segunda mitad del siglo XIX la necesidad por construir relatos que incluyeran el proceso histórico que dio origen a la nación, con tintes nacionalistas, encontró en *México a través de los siglos* uno de sus mayores puntos de inflexión. Por su parte, Justo Sierra entrelaza hechos individuales con procesos colectivos que dieron pie a los procesos fundadores de la Nación, principalmente los de la centuria que lo vio nacer: Independencia, Reforma y Estado nacional. Por supuesto, la vena indígena histórica, la de bronce, aún importaba mucho, y fue considerada por Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez y otros como el cimiento del alma nacional. Ramírez decía en 1869: “Es urgente dotar a la capital de la República de un establecimiento exclusivamente encargado de recopilar, explicar y publicar todos los vestigios anteriores a la conquista de la América; la sabiduría nacional debe levantarse sobre una base indígena”.³⁶ En lo relacionado con la escritura de la historia, Zermeño establece que fue la década de 1845-1855 cuando se favoreció la reestructuración del modo de operar de la escritura de la historia en México.³⁷ En este proceso participaron tanto personajes de bando conservador (Lucas Alamán y José Gómez de la Cortina, entre otros) como del liberal (Guillermo Prieto y Manuel Orozco y Berra, por ejemplo), aunque serían los primeros quienes iniciarían esta tarea. El objetivo de ambos bandos fue modernizar a México, para lo cual se fueron estableciendo reglas que normarían una nueva forma de escribir la historia. No solo en su sentido gramatical, sintáctico y semántico, sino que guiarán las bases para la selección y corrección de las obras del pasado.

³⁵ José María Roa Bárcena, *Catecismo elemental de la historia de México desde su fundación hasta mediados del siglo XIX* (México: Impresora Andrade y Escalante, 1862; reimpr. México: INBA, 1986), 18 [la página citada se refiere a la reedición].

³⁶ E. Florescano, “Notas sobre las relaciones”.

³⁷ Guillermo Zermeño Padilla, “Notas para observar la evolución de la historiografía en México en el siglo xx”, *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, H. Contemporánea, 10 (1997): 441-56.

Profesionalización de la Historia

El siglo XIX insertó a México en el proyecto moderno con mucha mayor claridad, y el campo historiográfico no fue la excepción. Pero existió una cuestión pendiente fundamental: la profesionalización de quienes estarían dedicados a la investigación y escritura de la Historia. La pléyade de religiosos, soldados, abogados, economistas, políticos, periodistas, entre otros, que escribían historia, lo hacían con la finalidad de canalizar beneficios (personales, familiares, proyectos, etcétera). También fue común que los análisis históricos se hicieran partiendo de visiones optimistas que imaginaban un futuro mucho mejor que el presente-pasado (Riva Palacio, Justo Sierra, Molina Enríquez, por mencionar a algunos), o los pesimistas que consideraban muy grande el peso del pasado (Alamán, Bustamante). El fin del movimiento armado produjo, entre otras muchas consecuencias, un tránsito entre la historia positivista (pragmática) y una dirigida a la profesionalización, basada en dos principios fundamentales: alejarse de la política y señalar distancia entre pasado y presente. Zermeño al respecto se pregunta si con la Revolución mexicana aparece o no un nuevo tipo de historiografía. Un camino para buscar esa respuesta sería seguir el proceso de institucionalización de la historiografía mexicana.

Una vez consolidado el régimen revolucionario, la historia fue encontrando espacios institucionales desde los años treinta,³⁸ como el Instituto Mexicano de Geografía e Historia, creado en 1930, y la Casa España, de 1939, con el apoyo de Lázaro Cárdenas y siendo cobijo de exiliados españoles. Ese proceso podría dividirse, de manera muy general, en dos fases. Una primera continuadora del discurso nacional del siglo XIX revisado a la luz de la revolución, y la que se propuso, por parte de Silvio Zavala, como paradigma de la nueva historia-ciencia al historiador alemán Ranke.³⁹ Ello, sin embargo, no significa que la historia científica –una manera específica de mirar el pasado– surgiera en/desde ese momento; es decir, no nace al parejo con la profesionalización del historiador. Para Zermeño es con la formación del Estado Moderno, particularmente a mediados del siglo XIX, con la coyuntura de la guerra con los Estados Unidos, cuando este proceso se inicia. Y una posterior que desde la década de los sesenta se enfrenta con el legado del régimen revolucionario, donde existe mayor relación con las ciencias sociales, los procesos de formación de los futuros historiadores incluyen muchas veces estancias en otros países, así como un aumento en el fortalecimiento teórico que amplió los márgenes interpretativos al incorporar, entre otros, el marxismo y la microhistoria (a la mexicana).

Un signo inequívoco de este avance en la profesionalización de la historia tiene que ver con las revistas científicas, verdaderos termómetros del estado de la ciencia histórica. Al respecto puede citarse el caso de *Historia Mexicana*, aparecida en 1951, llamada a ser

³⁸ La Academia de la Historia, fundada en 1919, y filial de la madrileña.

³⁹ Silvio Zavala, “Conversación autobiográfica con Jean Meyer”, en Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío* (México: Cemca, 1993), 224.

una de las más importantes revistas especializadas en Historia.⁴⁰ En su nacimiento no fue del todo aceptada y recibió la crítica de algunos sectores, sobre todo provenientes de profesores de la UNAM y miembros de la Academia de la Historia, entre los que destacó Alberto María Carreño. En la historia de esta revista destaca 1971, año de la llegada a la dirección de Enrique Florescano. A partir de entonces se marca una coyuntura: la revista alcanza una mayor profesionalización, pues en los primeros años abundaban varios perfiles de colaboradores (periodistas, filósofos, escritores, antropólogos e historiadores).

En ambos momentos, tanto la vivencia personal como el afán político se irán reduciendo en pro del fortalecimiento de una serie de normas propuestas y difundidas por la institución. La formación institucional es paralela a la consolidación del régimen de la Revolución, de alguna parecida a la forma en que se desarrolló la novela de la Revolución. Muchos hombres contribuyeron notablemente a la profesionalización de la historia en México. Algunos de los maestros de los nuevos historiadores, verdaderos caudillos culturales (por usar la expresión de Krauze), fueron: Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, y más tarde Alfonso Teja o Joaquín Izquierdo. Su propuesta se basó en un regreso al humanismo, oponiéndose al espíritu naturalista-cientificista desarrollado durante el Porfiriato. A esta generación se le sumaría más tarde otra que se alimentó con el exilio español de los republicanos. Algunos de ellos fueron: Rafael Altamira, José Gaos, Ramón Iglesia, y después los jóvenes Juan Ortega y Medina y Adolfo Sánchez Vásquez. Tampoco pueden dejar de mencionarse los nombres de Silvio Zavala, Daniel Cossío Villegas y el polémico Edmundo O’Gorman. Necesario también resulta ubicar en este nacimiento de la profesión la polémica entre corrientes positivistas e historicistas. Entre ellas, existe una clara diferencia, mientras la “objetivista” pretendía reducir al sujeto para aumentar la objetividad, en la “interpretativa” se partía de que a mayor fuerza argumentativa de la subjetividad, mejor historia. Este abanico de figuras, corrientes, intereses, polémicas, construyó la imagen del historiador contemporáneo. En términos generales, este debe disciplinar exigía imaginación, tener asepsia política, no desarrollar dotes de profeta ni aspirar a ser promotor de leyes, pero sí desarrollar generalizaciones limitadas.

La historia profesional tuvo nexos con el proyecto surgido de la Revolución basado en fundar el Estado en valores republicanos y nacionalistas, pero sobre todo en sus raíces indígenas. El movimiento armado motivó un esfuerzo por remodelar la memoria, y para ello se construyeron nuevos elementos, como el calendario y santoral cívico, así como el ejercicio de rebautizar espacios urbanos. Todo un proceso pedagógico de la reconfiguración del pasado propiciada por la Revolución, en el cual el rol de los historiadores fue muy destacado, ya sea para fortalecerlo e impulsarlo, o para señalar los desvíos. Uno de los temas más espinosos fue el relacionado con los orígenes de la Nación. En la primera mitad del siglo XX se actualizó la disputa desarrollada un siglo antes que los ubicaba en “hispanicos” o “indígenas”, sólo que ahora bajo participantes “revolucionarios” y “reaccionarios” (y ya no como antes, entre liberales y conservadores). El inclinarse por el

⁴⁰ Para profundizar en este punto, se puede consultar el número 200 de *Historia Mexicana*, en el que se pueden apreciar cinco periodos historiográficos según las revistas estudiadas en ese número.

positivismo rankeano, en cuanto a los ideales de imparcialidad y objetividad, podría interpretarse como el aporte de la nueva Historia-Institución surgida de la Revolución; una historiografía no partidaria.

El asunto del indio, histórico y contemporáneo, también fue abordado por otras ciencias sociales, especialmente la Antropología desde donde varios intelectuales, como Ángel María Garibay y más recientemente León-Portilla, importante investigador mexicano condecorado con todas las preseas habidas y por haber, hicieron fundamentales aportaciones para (re)pensar el origen de la nación mexicana en los antiguos mesoamericanos. En un ejercicio que podría ser considerado como parte del boom por la filosofía de lo mexicano, León-Portilla nos comunicó que los antiguos mexicanos (no *mexicas*) filosofaban, con su libro *Filosofía náhuatl*. Ahí, nos presenta sujetos que estarían más cercanos a los atenienses que a sujetos prehispánicos por las preguntas que intentan responder, destacando nociones completamente occidentales como el individuo. Parece que colocar el título de Filosofía ya parece un indicador a este respecto. En otro fundamental trabajo, *La visión de los vencidos*, el citado historiador, aunque con una formación filosófica, presenta un trabajo revelador. Es, sin duda, un momento de máxima importancia: se rechaza la idea de que solo los vencedores tienen voz. Es más, en la línea de este pensamiento, se nos informa que existen costumbres que han llegado hasta la actualidad sin cambio alguno, en un gesto heroico de sobrevivencia cultural. De esta forma, lo prehispánico es lo indígena. Parece que el pulso etnográfico se agita si no hay semejanzas entre el pasado y el presente; los datos que remiten al mundo prehispánico tranquilizan. Los indios vivos pueden ser considerados indígenas solo si hay constatación de ello en el pasado. Y aquí existe algo fundamental: el apuntalamiento de un canon, de un núcleo oculto, subterráneo, que permanece en el México contemporáneo. Sin duda, es mucho más fácil, y conveniente políticamente, apegarse a un todo cohesionado otorgado por el pasado reconstruido por paladines institucionales. Lo “indio” se sigue reflexionando como la esencia de la nación, misma que se hace escuchar y sentir en momentos de crisis, tal como sucedió con la rebelión zapatista de Chiapas que puso en primer plano la “cuestión indígena” en el debate nacional.

Además, se desarrolla todo un discurso con tintes apologéticos que convierte al natural en un hombre bueno, nada malo fue ni es capaz de hacer. También existe, bajo la categoría de mesoamericano, un interés por homogenizar las diferencias culturales de los grupos humanos que habitaron esa zona cultural, en el que existe también una valoración injustificada de otras áreas culturales al considerarlas menos “desarrolladas”.

En este sentido, se van construyendo figuras emblemáticas que fortalecen ideas indigenistas y, a su vez, nacionalistas. Posiblemente, el caso de fray Bernardino de Sahagún sea uno de los más importantes, considerado por el mismo León-Portilla como el padre de la Antropología “mexicana”.⁴¹ Aquí resulta interesante lo afirmado por Jesús Bustamante

⁴¹ Es en este contexto donde podría insertarse el uso frecuente de obras que contienen gran cantidad de información prehispánica, se basan en fuentes indias y generalmente se construyeron en los siglos XVI y XVII.

García en relación a dos de los principales estudiosos de la obra de Sahagún (uno de los principales referentes en la construcción del perfil prehispánico): el padre Ángel María Garibay y Miguel León-Portilla. Bustamante se muestra perturbado al recordar que ambos han sostenido que, si a Sahagún se debe la concepción de la *Historia general* y haber realizado las investigaciones que la hicieron posible, es a los indígenas que le proporcionaron sus pinturas y testimonios a quienes hay que atribuir la autoría de los textos en *náhuatl*.⁴²

Su obra es la articulación de elementos definidos en términos prehispánicos, pero integrados en un sistema interpretativo, homogeneizador y normativo en última instancia de origen europeo, pues también estaba destinada a ser comprendida por los occidentales. Igualmente, la lengua indígena que consagra –tan bella y precisa– resulta ser también una construcción normalizadora y “artificial”, una verdadera lengua literaria –noción asimismo de origen europeo– elaborada a partir de elementos tomados de diferentes normas cultas del habla prehispánica (pues a esa lengua literaria debían traducirse los textos bíblicos y los conceptos doctrinales cristianos).

Como colofón a lo anterior, repasaremos lo sucedido con un episodio abordado en diferentes medios impresos por historiadores profesionales. Lo que a continuación se presenta se basa en el texto de José Pantoja “¿De dónde viene los indios? Relatos de origen en las ‘crónicas indígenas’ de los siglos XVI y XVII”.⁴³ El origen de los *mexicas* es uno de los temas que mayor interés han causado entre los especialistas (arqueólogos, historiadores y antropólogos), y sobre él existe un acuerdo historiográfico casi unánime con tintes oficialistas. Además de ello, el relato ha sido ampliamente difundido al público en libros de texto (impresos o en internet), museos, programas de televisión, etcétera. Un ejemplo de ello es el material didáctico para bachillerato elaborado por el historiador Domínguez para la Universidad Nacional Autónoma de México, en 2010.⁴⁴ En él, se establece que la migración se desarrolló a principios del siglo XII concluyendo a mediados del siglo XIV, después de haber partido de Aztlan, con el propósito de encontrar una tierra prometida. El autor afirma que esta “peregrinación” ha sido objeto de polémicas, y que de ser histórica, Aztlan podría haberse ubicado en Nuevo México, Sinaloa, o Nayarit; o bien, un lugar imaginario, utópico, correspondiente a un “pasado” mitológico. “Según los relatos históricos, salieron de Aztlan en 1113, en un accidentado peregrinaje que les tomó más de dos siglos, para fundar Tenochtitlán en 1325”.⁴⁵

⁴² Jesús Bustamante García, *Fray Bernardino de Sahagún. Una revisión crítica de los manuscritos y de su proceso de composición* (México: UNAM-Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1990), 237. Por su parte, León-Portilla considera errado el juicio de Bustamante García y piensa que sólo basta observar lo dicho por el fraile menor para mostrar que lo escrito en *náhuatl* fue “lenguaje y obra de los indígenas”. Véase Miguel León-Portilla, “De la oralidad y los códices a la Historia General”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, 29 vols. (México: UNAM, 1999), 112-3.

⁴³ José Pantoja “¿De dónde vienen los indios? Relatos de origen en las ‘crónicas indígenas’ de los siglos XVI y XVII”, *Summa Humanitatis*, vol. 7, 2 (2014): 1-38.

⁴⁴ Humberto Domínguez Chávez, *Los mexicas* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010).

⁴⁵ Humberto Domínguez, citado en J. Pantoja, “¿De dónde vienen los indios?”, 1-2.

El autor de dicho material define como “relatos históricos” (y no míticos) los que indican la fecha en que los aztecas salen de Aztlán y de cuando fundan Tenochtitlán. Así, lo que deberían tratarse como dudas, son consideradas conductores del hilo histórico. De la misma forma en que el siglo XIX fue testigo de emprendedores historiadores y arqueólogos que buscaban lugares originarios, en los tiempos que corren no es extraño leer “nuevos argumentos” que definirían la posición definitiva de los antepasados *mexicas*. Por ejemplo, Marie Areti Hers propone que el Chicomóstoc, lugar de las siete cuevas, señalado como enclavada en Aztlán en las crónicas coloniales, podría ubicarse en el sitio de la Quemada en el estado de Zacatecas.⁴⁶ Ello, a pesar de la escasez de fuentes de origen prehispánico confiable para sustentar mejor la hipótesis. Recordemos que desde antes de la conquista española, era costumbre entre los vencedores destruir los documentos que relataban la historia del pueblo al que sometían, además de que los ibéricos, con los frailes a la cabeza, emprendieron una dura política de quema de fuentes que darían otras, y mejores, opciones al establecimiento de ideas más precisas, ya sea desde un ángulo histórico o mítico. Además, buena parte de la información sobre la migración, ha sido trazada con las letras y el pensamiento cristiano, por lo que se complica aún más el conocimiento “verdadero” de este episodio.

La acción del profesor y el constante recorrido circular de los investigadores hacia lo mítico como fuente que contiene historia, obliga a plantear algunas preguntas. La primera tendría que ver con: ¿qué nos queda del “discurso histórico” conocido sobre el pasado indígena prehispánico, en particular sobre los aztecas, si no contamos con fuentes prehispánicas para su reconstrucción? Las crónicas y códices elaborados varias décadas después de la conquista (siglos XVI y XVII) son la principal fuente de las que se nutre la historia, la antropología y la arqueología abocadas al pasado prehispánico *náhuatl*, por lo que es necesario cuestionarse por la naturaleza e intenciones de esos documentos. Considerar a sus autores, como en el caso de Sahagún, como personajes adelantados a su tiempo, interesados meramente en el saber por sí mismo, es un error.⁴⁷ Si se desea conocer lo indígena prehispánico sería necesario desembarazarse de la familiaridad con que se tratan las fuentes coloniales. En realidad, ellas nos deben parecer más extrañas que cercanas. Igual de importante resultaría ubicar los discursos históricos en su contexto histórico, y comprenderlos como mecanismos para atender situaciones específicas de su época. Y algo fundamental, sería necesario interesarse, al menos, en la misma magnitud por los pueblos originarios contemporáneos que por la prehispanidad, aunque estos no se

⁴⁶ Marie Areti Hers, citada en *Ibid.*

⁴⁷ La acción sahuaguntina en la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, por ejemplo, podría relacionarse con un proceder inquisitorial en el sentido de que está interesada en la denuncia y el castigo, por medio del conocimiento del otro a través de cuestionarios. Véase Alfredo López Austin, “Estudio acerca del método de investigación de fray Bernardino de Sahagún”, en José Martínez Ríos (coord.), *La investigación social de campo en México* (México; Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1976), 9-56. Victoria Ríos Castaño, *Translation as Conquest. Sahagún and Universal History of the Things of New Spain* (Madrid: Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, 2014). Óscar Fernando López Meraz, *Fray Bernardino de Sahagún en el espejo. El occidente medieval y el discurso sobre el otro* (España: Editorial Académica Española, 2011).

observe el canon de indianidad que se ha construido por especialistas, historiadores profesionales incluidos.

Camino a una conclusión

A lo largo de estas páginas, hemos tratado de poner en el centro de nuestra reflexión los entrecruzamientos discursivos científicos y profesionalizantes con fines identitarios producidos durante el siglo XIX. Tratando de ubicar el proceso del nacionalismo mexicano en un contexto global, enfatizamos que se ha privilegiado la figura del indígena como base fundacional del Estado-Nación. Asimismo, hemos tratado de ponderar la función de la historia como ciencia para dar contenido y sentido a la idea de identidad nacional, a contracorriente de las propuestas historiográficas que han sobredimensionado el papel del Estado-Nación.

Aquí se ha deseado llamar la atención sobre cómo la identidad nacional estuvo, y está aún, en el centro de la producción historiográfica científica y profesional, siendo ella uno de los puntos de reunión entre los esfuerzos de dos siglos (XIX y XX). Si bien, la figura que ahora se propone como la que da identidad al mexicano es la del mestizo, esta aún depende sobremanera de la del indio, principalmente la del prehispánico. Es una veta cultural, más que biológica, que fue reemplazando la correspondiente a una político-legal como lo es la soberanía. En ese recorrido, el mestizo se fue perfilando como el futuro de la nación, a costa del olvido del grupo que más ha sufrido los múltiples rostros de la violencia, incluida la desarrollada por el Estado, el “indio vivo”. Su existencia como un grupo numéricamente importante, ha estado supeditado a un canon que las fuentes coloniales, primero, y el trabajo historiográfico, después, se han encargado de extender como garante de que lo verdaderamente importante para la Nación es su presencia histórica que fue incorporada por la historia salvífica y después por la historia oficial.

Por último, resulta importante recordar lo que hace años propuso Edmundo O’Gorman en el prólogo de *La invención de América*.⁴⁸ En este importante libro, su autor discutía la necesidad de considerar a la historia dentro de una perspectiva ontológica, es decir, como un proceso productor de entidades históricas y no ya, como es habitual, como un proceso que da por supuesto, como algo previo, al ser de dichas entidades. Parafraseando a Kant, el historiador mexicano planteaba un “despertar del sueño dogmático” para pensar de una forma distinta lo que se han considerado como “verdades históricas”, pero cuyas características, una vez analizadas, permiten una perspectiva distinta.

⁴⁸ Edmundo O’Gorman, Prólogo a *La invención de América* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

Profile

Diana Villegas Loeza is researching for her PhD in Sociology at the Institute of Social Sciences and Humanities (ICSyH) “Alfonso Vélez Pliego” in the Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (Mexico). She has also a master in History of Art and a degree in Sociology from this institution. Author with Leticia Rivermar Pérez of “Articulación de la migración interna e internacional en el municipio de Pahuatlán”, in María Eugenia D’Aubeterre and Leticia Rivermar Pérez (eds.), *Migraciones en la huasteca poblana. Actores y procesos* (México, ICSyH, 2011), she has lately published “Mujeres artesanas de Xolotla, Pahuatlán. Fuerza de trabajo explotada y desvalorizada”, in Antonio Fuentes Díaz (ed.), *Conflictos y sujetos emergentes. Episodios en la transformación rural neoliberal* (México, ICSyH, 2016).

Óscar Fernando López Meraz has a PhD in History and Regional Studies from the Universidad Veracruzana (Mexico) and a master in History from the Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Author of a chapter in the book, *Desde la Historia intelectual: pensamiento franciscano del siglo XVI en la Nueva España. Saber y conceptos en el discurso evangelizador* (México, Universidad Veracruzana, 2015), he has also published papers in academic journals such as “Notas sobre Bernal Díaz del Castillo y la Historia verdadera”, *Clivajes*, 3 (enero-junio 2015), “Imaginario franciscano en Nueva España, siglo XVI: demonio, paraíso terrenal, seres fantásticos y sucesos maravillosos”, *Amerika. Mémoires, Identités, Territoires*, issue devoted to *Monstres et monstruosités dans les représentations esthétiques et sociales*, 11 (2014), and “Identidades espaciales y fronteras añoradas en la experiencia evangelizadora novohispana”, *Altépetl. Revista de geografía histórica, social y estudios regionales*, Universidad Veracruzana, 7-8 (2016).

Diana Villegas Loeza realiza su tesis doctoral en Sociología en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSyH) “Alfonso Vélez Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México). Es asimismo máster in en Historia del Arte y licenciada en Sociología en esta universidad. Autora, junto a Leticia Rivermar Pérez de “Articulación de la migración interna e internacional en el municipio de Pahuatlán”, en María Eugenia D’Aubeterre y Leticia Rivermar Pérez (eds.), *Migraciones en la huasteca poblana. Actores y procesos* (México, ICSyH, 2011), ha publicado recientemente “Mujeres artesanas de Xolotla, Pahuatlán. Fuerza de trabajo explotada y desvalorizada”, en Antonio Fuentes Díaz (ed.), *Conflictos y sujetos emergentes. Episodios en la transformación rural neoliberal* (México, ICSyH, 2016).

Óscar Fernando López Meraz es doctor en Historia y Estudios Regionales por la Universidad Veracruzana (México) y tiene un master en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Autor de un capítulo del libro, *Desde la Historia intelectual: pensamiento franciscano del siglo XVI en la Nueva España. Saber y conceptos en el discurso evangelizador* (México, Universidad Veracruzana, 2015), ha publicado también artículos como “Notas sobre Bernal Díaz del Castillo y la Historia verdadera”, *Clivajes*, 3 (enero-junio 2015), “Imaginario franciscano en Nueva España, siglo XVI:

demonio, paraíso terrenal, seres fantásticos y sucesos maravillosos”, *Amerika. Mémoires, Identités, Territoires*, número dedicado a *Monstres et monstruosités dans les représentations esthétiques et sociales*, 11 (2014), e “Identidades espaciales y fronteras añoradas en la experiencia evangelizadora novohispana”, *Altépetl. Revista de geografía histórica, social y estudios regionales*, Universidad Veracruzana, 7-8 (2016).

Fecha de recepción: 20 de septiembre de 2015.

Fecha de aceptación: 26 de abril de 2016.

Publicación: 30 de junio de 2016.

Para citar este artículo: Óscar Fernando López Meraz y Diana Villegas Loeza, “Discurso Científico, Profesionalización Histórica e Identidad Nacional Mexicana”, *Historiografías*, 11 (enero-junio, 2016): pp. 33-53.

http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/11/lo_vill.pdf